

Embajador de Chile en Suecia, José Goñi

REGION XIV

LA LAMPARA DE GAMLA STAN

Hasta mucho antes, La Ciudad Vieja de Ezequiel estaba repleta de gente, invadida de turistas que merodeaban por todos sus rincones.

Con Marco nos confundíamos en esa masa humana. Entre alemanes, japoneses, italianos y españoles, descubrimos aquella tienda. Una de las tiendas más especiales que me había tocado conocer. *Amiguitos de Mar*, decía un letrero luminoso que colgaba sobre la calle.

Eso parece interesante -dijo Marco-

-¿Entonces?

Ahí le hicimos, sin imaginarnos la

importancia que nos esperaba.

Al entrar oíamos una campanilla

que colgaba en la puerta y hacían

por daban a conocer (¿o anunciar?) la

llegada de gente, especialmente, a

eventuales clientes.

Era un lugar maravilloso. Suprima la

misma idea de la tienda.

Miles de objetos relacionados con el

mar. Los más diversos que jamás había visto. Mariscos

de proa, lampara, cuerdas, rejas, brújulas, escuderos

marinos... De todo. De los más variados tamaños y

cantidades.

Un mismo para llevarse a la casa, acoté en voz baja.

Mucho disfrutaba de cada cosa.

Mientras intercambiamos esas frases en español,

observé divinizadamente que el dependiente

que atendía la tienda se disponía de su largo cabello.

Nació como que salía de su abundantísimo y que se

despertaba. Ese tipo entiendo español, fue mi

percepción natural. Nuestra presencia lo activó.

Marco por su lado, por el mío, repentinamente

el lugar. El ambiente iba en aumento. Marco detiene

su enorme cuerpo bajo una maravillosa lampara de

cable y vidrio.

Mira, ¿qué linda es esta lampara! ¿Cuánto costará,

me dijo recordando algo de la voz para que yo le escuchara

desde unos metros más allá.

Esa pregunta y el tono de la voz abrió la puerta para

que el dependiente se introdujera a sí mismo.

Después, díjeme un español con acento dificultoso de

pronunciación, pero perfectamente entendible.

Después, pero ¿quiere responderle, señor. ¿Bueno? el

precio de esa lampara, agregó, dándole vuelta y

dirigiéndose a su escritorio, otra hermosa antigüedad.

Yo me acerqué a la lampara, o a Marco, que para el

efecto en lo mismo, contemplando el objeto que había

generado su atención y que resultaba iniciando una nueva

aventura en mi vida.

Los dos, sin duda, estábamos, sirviendo que mi comentario

estaba absolutamente de más. Mientras, el dependiente

había escuchado entre un papelito la respuesta buscada.

Vale 1.650 coronas, señor, dijo mirando a Marco.

¿Cuánto es esto en moneda chilena?, se preguntó

mirándose con su característica picardía.

Son unos 320 dólares, respondí automáticamente,

asumiendo por obvio que esa era una moneda de la isla

o, por lo menos, más costosa que la corona sueca.

Entonces me volví hacia una profunda dulzura. ¡Hay

excepciones cristianas! ¡Hay monedas más estancas que

esta! Mientras esta pregunta recorrió mis neuronas,

escuché la voz del dependiente.

¿De dónde sea, señor?

Somos chilenos, le respondí, nuevamente de manera

automática.

Ahí Chileños, subrayó el dependiente, como

confirmando algo que estaba pensando, agregando de

repente.

¡Ahí Chile de Aliende, de Pinochet... de Zaldívar.

La cara se le llevó de una franca sonrisa, orgullosa

señalando de quien quiere mostrar que conoce por lo

menos algo de Chile. Debo reconocer que yo estaba

ya algo interesado en este personaje. Otras preguntas

civilizadas (¿cuántas abstracciones y gustos automáticos

hacemos cada día de nuestra vida?) que me daba

vueltas en la cabeza con... ¡plánda! pregunté espantado

ese señor! Con mucho orgullo me dije... esta vez no

voy a ser tan obvio. Y me contenté de preguntar.

Al hacer su comentario se quedó algo

perpleto, esperando una reacción

misma.

Si, del mismo Chile que usted

mencionó, le acotó Marco, sin muchas

ganas de abrir una conversación. El

tono de voz de Marco no provocó al

dependiente, que nos miraba y seguía

con mucha atención.

Esa lampara que le llama la atención

tiene una historia muy interesante y

muy chilena, continuó el dependiente.

Nos miramos con Marco y yo, divinis-

mente resultó evidente que el

comentario escuchado había

concluido nuestra interacción.

Si. Esa lampara tiene su historia. Cuando su gran poeta

Pablo Neruda vino a recibir el Premio Nobel... con

él... ¡a fines de los años sesenta!, dijo haciendo la voz

y por primera vez se mostraba dubitativo.

Pues, fue en diciembre de 1971, lo interrumpí con

mucho cuidado de no interrumpir en su historia que me

interesaba ahora más.

Si, en 1971. Yo ya trabajaba así y me tocó atenderlo.

En un sofá muy grande y grande, que había muy

leño. Es inolvidable encontrarlo. Yo aún no había

leído sus poemas, pero su foto estaba en todas las

periferias de entonces y era reconocido mundialmente,

acompañado de una foto que parece que era el

Embajador de su país, eso ya. Conversamos mucho

entre ellos. El señor Neruda sabía mucho de mar, de

leyendas marítimas, de objetos de mar. Quería comprar

todo lo que podía y se veía mucho. Tenía muy

curioso. Se veía muy alegre. Esa lampara le gustó mucho. La

agradó para comprarla, pero finalmente no la llevó.

Compró otros objetos que se llevó en un auto. Esa

lampara la dejó mucho... yo diría que la usó

mucho. En un momento me preguntó que le había

la lampara... la abrió y la distribuyó. Era un señor muy

punto, ¿verdad? Parecía que estaba siempre escribiendo

sus poemas en su cabeza. A lo mejor le escribió un

poema a esa lampara y era eso lo que conversaba con

ella. La lampara con un tipo que lo pasó. Yo estaba

seguro que la llevaría, pero me había. Se llevó la otra

cosa. La lampara quedó aquí.

Marco y yo estábamos fascinados con este señor y

volvíamos al dependiente.

¿La lampara ha estado acá desde entonces?, interrumpió

Marco.

No, señor. Eso es también muy interesante. Esa lampara

fue comprada después. No me acuerdo exactamente

cuándo. Algún tiempo después la llevó un señor ya

mucho más, al igual que yo, había sido marino. El

también se mató de la lampara, al igual que Neruda

y... parece que está... recordé mirando a Marco.

Continuando de inmediato.

Pero esa lampara volvió. Si, es lo increíble. Volvió

unos años después. Usado a lo mejor para que en algo

bravo, pero volvió. Yo la compré en un remate, así

misma... en los ochenta. Hasta entonces parece que

maró y así bajo no quisieron conservar la lampara y

yo la compré. ¡No es increíble! Y aquí está conmigo

ahora. Y así está. Y la historia de Neruda puede

continuar... ¡No es todo tan extraño!

A medida que seguía su relato, el dependiente se iba

entusiasmado más y más con su historia. Si, en duda

que era algo extraño. La lampara había regresado. Y

allí estaba.



Foto tomada
desde Suecia a Vistazos
por el Sr. Embajador José Goñi

¿Es una lampara antigua?... dijo Marco, ya muy

interesado.

Si, es del siglo pasado. Era de un vapor inglés construido

en el siglo pasado. El barco fue desgarrado en el sur de

Noruega, desde sirvió muchos años al final de su vida.

Yo compré varias piezas de ese barco. Siempre el cuando

se van a desguazar barcos. Es mi trabajo saber para

comprar y para vender.

¿Por qué no se la llevó Neruda?, me preguntó en voz

alta, mirando atentamente la lampara de nuestra

preocupación.

El dependiente se agachó en acortar. No sé. Le gustó

mucho. La abrió y la puso encima de su escritorio para

admirarla con más calma. La llevó un rato, luego rato

encima del escritorio. Lo recuerdo muy bien. Como

siempre en un papel. Lo recuerdo muy bien, pero por

qué, y sin esperar reacción alguna contrarié fuertemente,

porque es la única vez que ha estado un Premio Nobel

momento he estado acá. Bueno... ¿quién ha estado

así, pero ya no he sabido...

Sin dejar de perder la incertidumbre, continué con mis

reflexiones.

Después de esa visita, me he leído varios libros de don

Fabre. Está traducido al sueco, ¿verdad? Pero he

leído también algo en español, aunque solo algunos

poemas. Unos más, en un diccionario de poemas en otros

idiomas. Fue bastante buena para entonces. Y en la marina,

seminó orgulloso.

Salimos de la tienda con Marco para ir a la lampara.

Cuando llegamos a mi casa, nos dedicamos un largo

tiempo a contemplar el hermoso objeto. En el cobre, que

antes había para el dependiente lo había pulido

con un líquido especial, y de un vidrio verde oscuro,

(¡Mirándolo, como lo hizo Neruda!), le pregunté.

Bueno, señor, señor Marco.

La abríamos descubriendo unos pocos que la habían

por arriba. En su interior estaba también bastante

limpia, más limpia de la que yo me hubiera imaginado.

De pronto, Marco repartió en una punta de un papel

que se movía tímidamente. Intuimos algo, pero

estaba muy escondido y en un lugar que no podíamos

acercar con los dedos. Llegué unos pocos pasos y...

finalmente pudimos mirar el papelito. Le levanté con

mucho cuidado y le respondí a discreción.

¡Oh, gran sorpresa!, estaba escrito en español, con una

letra pequeña y discreta.

"Esta lampara no es auténtica", firmado, Pablo Neruda.

Nos miramos incrédulos. Sin poder traccionar. Sólo

seguíamos.

¿Será una broma más del yate? Una broma con efecto

residual de casi 30 años!

Nunca lo sabremos. No valdría la pena intentar

hacerlo. La verdad. El mensaje valió por sí mismo.

Y con eso, la lampara en mucho más que una lampara.

En parte de Neruda misma. En una lampara sencilla.

¿O era simplemente una broma del dependiente?

652068

— VISTAZOS EDICIÓN ESPECIAL —

La lámpara de Gamla Stan [artículo] José Goñi

AUTORÍA

Goñi, José

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La lámpara de Gamla Stan [artículo] José Goñi. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile